

José Ignacio Pérez Pascual (A Coruña)

Joan Coromines y el 'Diccionario crítico etimológico castellano'

Terminada la Guerra Civil, el obligado exilio significó, en la vida de Joan Coromines, el comienzo de un difícil período que se alivió notablemente cuando, tras las gestiones de Ramón Menéndez Pidal y Amado Alonso, aquél pudo llegar a la Argentina para enseñar en la recién creada Universidad de Cuyo. Don Ramón no dudó en afirmar – dejando conscientemente de lado algunos hechos de la biografía del recomendado– que Coromines no solo no había profesado nunca ideas extremas, sino que ni siquiera había tenido actividad política alguna: “D. Juan Corominas, a quien conozco desde estudiante, jamás ha tenido actividad política. Su consagración al trabajo científico es total [...]”;¹ se dirige así a la diplomacia franquista en París en julio de 1939. De la decisiva importancia del apoyo de don Ramón da cuenta también una carta de Amado Alonso conservada en la Fundació Pere Coromines:

[...] de la Universidad de Cuyo han enviado un telegrama para usted [...], que dice lo siguiente, más o menos: “Hay vacante para Corominas solamente una cátedra de lengua y otra de literatura españolas. Sueldo \$ 600, puesto que se le ofrece con tal de que no profese ideas extremistas”. Tiene usted que contestar aceptando sin vacilar y disponerse para venir inmediatamente. Ya habían desistido de traerle a usted, pues el Gobierno no quiere extranjeros, especialmente ni judíos ni españoles, pero la carta de Don Ramón ha

1 Cit. en *Epistolario Joan Coromines & Ramón Menéndez Pidal*, ed. de José A. Pascual y José I. Pérez Pascual, Barcelona: Fundació Pere Coromines, 2006, § 13, 13.7.1939, p. 101, n. 1; en lo sucesivo ofreceré la referencia al número de la carta en esta edición, su fecha y la página en el cuerpo del texto, sin mayor indicación cuando se trata de cartas del filólogo catalán a su maestro. También remitiré en el texto a otros epistolarios de enorme interés: *Epistolari Joan Coromines & Josep Pla*, ed. de Josep Ferrer y Joan Pujadas, Barcelona: Fundació Pere Coromines, 2001; *Pompeu Fabra i Joan Coromines. La correspondència dels anys de l'exili*, ed. de Joan Ferrer, Josep Ferrer y Joan Pujadas, Barcelona: Fundació Pere Coromines, 1998; *Epistolari Joan Coromines–Francesc de B. Moll*, ed. de J. Ferrer y J. Pujadas, Barcelona: Fundació Pere Coromines, 2000; *Epistolari Joan Coromines & Carles Riba*, ed. de J. Ferrer y J. Pujadas, Barcelona: Fundació Pere Coromines, 2002; *Epistolari Joan Coromines & Josep Maria de Casacuberta*, ed. de J. Ferrer y J. Pujadas, Barcelona: Fundació Pere Coromines, 2005.

cambiado las cosas. [...] No se le ocurra tener escrúpulos en cuanto a la preparación: usted le sobra al puesto. (cit. § 12, 14.7.1939, p. 99, n. 3)

Al poco de su llegada a la Argentina, Coromines sugirió a Pidal la posibilidad de redactar un diccionario etimológico, presentándosela como una ocurrencia que acababa de asaltarle y justificándola por el hecho de que, siendo el de la etimología el terreno donde estaba más preparado, se sentía con fuerza “acaso, ¿quién sabe?, hasta para hacer este diccionario etimológico castellano, que tanta falta está haciendo” (§ 14, 23.05.1940, p. 112). Esta cauta propuesta delata su preocupación de que al maestro le disgustase que se dedicase a una labor que quizá hubiese reservado para sí mismo o para alguno de sus discípulos —¿no era previsible que se inclinase para esta tarea, por ejemplo, por Américo Castro o por Vicente García de Diego?—; por ello, Coromines no podía dejar de preguntarle explícitamente: “Me gustaría que dijera usted lo que piensa de eso” (*ibid.*). Por lo que toca a la condición de idea repentina, nada más distante de ello: se la había expuesto casi un año antes a Francesc de Borja Moll, presentándola en aquella ocasión como un entretenimiento para quien aguardaba tiempos mejores en que poder dedicarse al diccionario etimológico catalán:

Il y a longtemps que je réunis des matériaux pour faire un *Dictionnaire étymologique* de ma langue maternelle. J'en ai énormément. En même temps, j'ai pris des notes assez abondantes qui pourraient servir de base à un *Dictionnaire étymologique espagnol*. Il y a là une des lacunes les plus remarquables de la bibliographie romanistique et de la bibliographie espagnole. Si vraiment je passe quelque temps en Argentine je ferais peut-être ce *Dictionnaire étymologique espagnol*. Ce ne serait pas une ouvrage aussi complet ni aussi ambitieux que l'autre, ce serait quelque chose de pratique et plutôt bref, dans le genre du *Dictionnaire roumain* de Puşcariu. Cela se vendrait *beaucoup*, j'en suis sûr. (7.7.1939, *Joan Coromines—Francesc de B. Moll*, p. 98)²

2 Repetidas veces indica Coromines en sus cartas que esta dedicación al léxico español suponía un desvío provisional de su orientación hacia el catalán; se lo explica así a Fabra (“Si algú es va fer la il·lusió de sostraurer-m a la filologia catalana quan em va fer venir a Amèrica, ja es deu sentir desenganyat. Naturalment els *Annals* que hem publicat ací estan dedicats principalment al castellà, però fins en aquesta revista els articles d’En Spitzer i els meus són plens d’estudis etimològics de mots catalans, que he hagut de col·locar en indrets poc visibles o en notes, o dissimular posant en el títol un mot aragonès o castellà rar, a fi de no posar en perill els crèdits que la Universitat hi dedicava. Les col·laboracions que en aquest temps he publicat a la *Revista de Filologia Hispànica* de Buenos Aires o a Suïssa estan dedicades primordialment a la nostra llengua. He estat preparant en aquests cinc anys un diccionari etimològic castellà, però al costat de cada cèdula castellana, en feia una o dues per a l’obra catalana paral·lela i d’altres que serviran

Dispuesto a hacer de la necesidad virtud, Coromines culminó merced a este rodeo su formación de romanista, mejorando las bases científicas de su castellano gracias al mar de la lengua castellana de irisaciones argentinas en que pudo bucear a conciencia, y, sobre todo, a la detenida lectura de un gran número de obras de la literatura española de todos los tiempos. Se embarcó así en la sorprendente aventura filológica de la redacción del *Diccionario*, que podemos seguir muy de cerca gracias a los datos contenidos en sus epistolarios.

El diccionario etimológico no fue al principio un hijo deseado, pero Coromines terminó encariñándose con este producto de la mente, más que del corazón, al que se dedicó con todas sus fuerzas, poniendo sus cinco sentidos en que no se quedara en un hermoso proyecto. Para ello tuvo que establecer desde el principio los límites de su estudio y organizar todas y cada una de sus tareas, pues conocía los riesgos que se ciernen sobre obras de este tipo y no estaba dispuesto a que su trabajo quedase inacabado:

La experiencia del diccionario de Wartburg [el *FEW*] y obras análogas nos enseña que en cuanto esta clase de trabajos rebasa apreciablemente el período de tres años que había fijado para el mío, el aumento se produce entonces en progresión geométrica: 1º, por la exigencias de la carrera y de la vida del autor, que le obligan ineludiblemente a emprender mientras tanto otros trabajos, que ya a duras penas podían aplazarse en un período como el que había fijado; 2º, por la necesidad de atender a importantes novedades bibliográficas que se van produciendo; 3º, por la de satisfacer los postulados de la crítica, cada vez más insaciable, que toma cartas en el asunto enseguida que empieza la publicación por fascículos, que se hace inevitable entonces; 4º, por las debilidades humanas de la edad y de la fatiga crecientes. Cuando esto sucede, enseguida la obra

per a totes dues”, 30.8.1944, *Pompeu Fabra i Joan Coromines*, p. 47), Casacuberta (“En el meu diccionari el català ocupa un lloc de primer pla, però naturalment jo no m’enganyo sobre la importància d’aquest pal·liatiu. Al mateix temps que recollia els materials per a aquest diccionari, completava l’arplega dels de l’obra catalana paral·lela, que ja tenia molt avançada a Barcelona. Així, tot seguit d’acabat el diccionari que ara escric, restaré amb les mans lliures i els materials alfabetitzats i a punt per a començar la redacció del diccionari català”, 3.9.1947, *Epistolari Joan Coromines & Josep Maria de Casacuberta*, p. 35) y Riba (“apilava pacientment els materials per a una obra enorme, l’única que podria impressionar entre els dirigents de la nostra terra, que sempre vaig preveure implacablement enemics, per molt de temps: el *Diccionari Etimològic Castellà*. Per a això vaig arplegar durant aquells anys una massa que passa de 200.000 cèdules. L’obra l’estic redactant ara, al mateix temps que compleixo un horari docent sobrecarregat [...]. Tanmateix l’obra avança de pressa, pel daler de la tornada, que m’empeny. Tinc més de 1.600 pàgines escrites con les que li envio de mostra. Per aquestes veurà també, com el ‘contraban’ català que passo en aquest llibre és molt fort: són innombrables els articles con aquests on, sota el pretext del castellà *estancar* o *esqueje*, estudio en realitat les paraules catalanes *tancar* i *esqueixcar...*”, 16.2.1949, *Epistolari Joan Coromines & Carles Riba*, p. 64).

excede los límites de la vida del autor, como ya es seguro en el caso de Wartburg, y se va fatalmente al libro inconcluso. (§ 37, 8.3.48, p. 199)

Por ello comenzó por trazar un plan en el que se aliaban a partes iguales el tesón, la inteligencia y el sentido común, y lo cumplió, tras un gran esfuerzo brutal:

Empecé el diccionario joven y lo he acabado envejecido prematuramente por un esfuerzo que no sin razón califica Jud de *inhumano*. Once, doce y a veces quince horas de trabajo fueron mi pan cotidiano durante los últimos años. (§ 58, 13.05.1952, p. 268)

Desde luego, las condiciones en que Coromines realizaba este trabajo no eran las de un bien provisto Seminario en el que se hubiera podido confeccionar, durante unos cuantos años, un fichero representativo de textos de todas las épocas; pero tampoco el nivel de la Filología hispánica del momento le hubiera permitido allegar ese corpus de la forma en que se hubiera podido hacer en el ámbito del francés. Por ello, con absoluto pragmatismo, organizó su labor etimológica partiendo del léxico actual, en la forma en que aparecía en la edición del diccionario académico de 1936: Coromines pasó a ficha cada una de sus entradas, prescindiendo únicamente de los cultismos menos corrientes y de los derivados más triviales; fue luego completando esas voces —entre las que había no pocos restos del pasado— con una ingente cantidad de fichas tomadas de los textos, relativas al vocabulario que consideraba marcado, por su aparición temprana o por su condición de ser anticuado o dialectal, así como toda una serie de étimos sobre los que se había establecido una etimología razonable o, por lo menos, alguna conjetura fundada; pero también incluía aquel otro léxico que, sin ofrecer un interés estrictamente etimológico, presentaba problemas fonéticos o morfológicos importantes o contenía datos históricos relevantes.³

Con todo ello el filólogo se acercaba a la idea actual de lo que es un diccionario histórico, que no quiso hacer bascular exageradamente sobre el léxico medieval, pues no se puede regatear a las voces modernas el peso decisivo que tienen en cualquier lengua. Era lo que le sugería en los inicios de su trabajo el propio Menéndez Pidal, consciente de lo innovador que

3 Se fijaba incluso en aquellas voces o acepciones que no habían existido más que en la imaginación de los lexicógrafos (*vid.*, por ejemplo, *brenca*, *febrido* o *merendar*), aunque luego, al realizar el trabajo de redacción, tuviera que conformarse con mostrar la condición fantasmagórica de tales palabras o de alguno de sus significados.

resultaba no caer en el defecto de algunos filólogos que, preocupados por la lengua antigua, se desentendían del vocabulario más reciente.

Esto nos lleva a la fechación del primer documento de cada palabra, para lo cual esos diccionarios franceses pueden ser ayuda buena por comparación. Después necesita usted continuamente ver cuándo la Academia y los otros léxicos recogieron cada voz, consultando la serie de los diccionarios posteriores al de *Autoridades*. No descuide usted los neologismos, a lo que tan fácilmente propende el filólogo preocupado de la lengua antigua. No descuide usted tampoco la historia de las formas derivadas por medio de sufijos, ni la historia de los compuestos, dos cosas descuidadas en el *REW* [el *Romanisches etymologisches Wörterbuch* de Wartburg] y que tan necesarias son para conocer la vida de las palabras. (§ 19 de Pidal a Coromines, 29.2.1944, p. 136)

Agrupó estas fichas por familias de palabras, a las que añadió en ocasiones voces que no mantenían una relación genética con las restantes del artículo. Para esta agrupación introducía las cédulas de cada uno de los grupos en pequeñas carpetillas de papel, poco mayores que las papeletas. Iba apareciendo así en ciernes la organización por lemas, tal y como se presentarían éstos después en el diccionario, pues fue fundamentalmente el estudio de esos materiales lo que daría lugar más tarde al artículo correspondiente del diccionario.

La situación de que partía para desarrollar su empresa etimológica no era envidiable, si hemos de hacer caso de la presentación que se hace de ella en un artículo de Rodrigo de Sá Nogueira (1946) publicado por esas fechas, en el que daba cuenta de los materiales etimológicos existentes en el dominio hispánico: apenas reseña el diccionario académico; la *Contribución* de V. García de Diego, “que tem o defeito de só tratar de algumas centenas de vocábulos” (Sá Nogueira, 1946: 12); el *Tesoro* de Covarrubias; el *Manual de Gramática histórica* y los *Orígenes*, de R. Menéndez Pidal, “que, si tivesse [el segundo de los dos libros] um *Glossário* das palavras tratadas no texto, seria uma fonte inestimável de consulta” (*op. cit.*: 13); y finalmente los veinticuatro volúmenes que habían salido de la *Revista de Filología Española*.⁴

Pese a todo, al poco vemos embarcado a Coromines en esa gran aventura etimológica, tal y como le explica a Pompeu Fabra en abril de 1942 –“J’ai entrepris un gros ouvrage, un dictionnaire étymologique” (18.4.1942, *Pompeu Fabra i Joan Coromines*, p. 39)– y como inducimos de la correspondencia con Pidal, a quien explica a finales de diciembre de ese mismo año

4 No parece esta una base suficiente para afrontar con garantías de éxito la confección de un diccionario etimológico, al menos en comparación con lo que ocurría en francés (*cf.* Sá Nogueira, 1946).

que lleva tres veranos dedicado a extraer libros y revistas para el diccionario etimológico (§ 17, 3.12.1942, p. 121). Todo hace pensar que la tarea comenzó en el momento de llegar a la Argentina, como se confirma un año después, cuando escribe: “A partir de 1940 vengo dedicando a la recolección de materiales para este libro los tres meses de verano íntegramente, y buena parte de los de invierno” (§ 18, 16.12.1943, p. 124).

No era la Universidad de Cuyo, sin embargo, el mejor lugar para embeberse de la bibliografía relacionada con la historia del español, pues aquella institución recién creada carecía incluso de obras tan básicas como la *Biblioteca Rivadeneyra*, los *Clásicos de la Lectura*, la *Revista de Filología Española* y las restantes publicaciones del Centro de Estudios Históricos o de la Academia Española... Y si no faltaba el diccionario de esta última institución, ello se debía a que lo había conseguido el propio filólogo. Todavía a finales de 1942 se quejaba Coromines a Francesc de B. Moll:

En lo que me extenuó vanamente es en tratar de formar una buena biblioteca de Lingüística románica [...], empeño vano hasta ahora, debido sobre todo a las comunicaciones interrumpidas. (*Joan Coromines–Francesc de B. Moll*, p. 106)⁵

No obstante, desde el momento que llega a la Universidad cuyana, a principios de 1940, sin arredrarse por las dificultades, pero consciente y preocupado por los riesgos que suponía realizar el trabajo en estas condiciones, comenzó Coromines la lectura y estudio de cuanto pudo encontrar escrito sobre el léxico del castellano; a esta tarea pensaba dedicar –y cumplió razonablemente sus planes– siete años. Durante ese tiempo fue despojando de una manera sistemática los libros y revistas más importantes:

5 Con todo, y a pesar de las dificultades producto de la II Guerra Mundial, logra Coromines ir construyendo una apreciable biblioteca: en abril de 1942 señala que se está formando una “*biblioteca* especializada, constituida parte por compra, parte por donativos de la Universidad o de los autores, y en una pequeña parte por obras recibidas en depósito. En total reúne en la actualidad unos 700 volúmenes, entre los que figuran elementos tan valiosos como la colección completa de la *Revista de Filología Española* y un importante conjunto de diccionarios, en particular de americanismos. Posee además 129 folletos [...], 30 mapas y más de 350 recortes de artículos e ilustraciones” (*Anales del Instituto de Lingüística*, I, 1941 [1942], p. 190); en marzo de 1944 escribe que consta de “1.010 volúmenes, de los cuales 317 han sido adquiridos directamente en el comercio, 236 cedidos por la Biblioteca Central y 457 obtenidos en canje de las publicaciones del Instituto o donados gratuitamente. [...] Además se hallan en depósito [...] otros 337 volúmenes pertenecientes al Director y a varias personas e instituciones” (“Extracto del informe acerca de los trabajos realizados por el Instituto de Lingüística”, *Anales del Instituto de Lingüística*, II, 1942 [1944], p. 185).

los que no pudo adquirir los fue consultando en verano en las bibliotecas de Buenos Aires o de Santiago de Chile, mientras en Mendoza estudiaba los materiales que iba consiguiendo.

Desde el principio, realizó su despojo bibliográfico de un modo meditado y que obedecía a su concepción de cómo debía ser el diccionario:

En cuanto a la forma como hago los extractos, anoto todas las etimologías exceptuando sólo lo que a todas luces debe calificarse de irresponsable, pero en el momento de redactar callaré además otras cosas que decididamente no respondan al estado actual de la ciencia. También leo, aunque rápidamente, los artículos etimológicos sobre el francés, italiano, etc., en busca de problemas que afecten a palabras castellanas (aun los extranjerismos), incluso si en ellos no se hace mención del castellano, y anoto lo esencial. Además de los artículos etimológicos extracto las colecciones de palabras castellanas o dialectales y, más someramente, portuguesas, catalanas y provenzales; también los artículos de tipo gramatical más importantes entre los referentes al castellano. Leo y extracto textos antiguos y dialectales castellanos muy importantes (por ejemplo, los inventarios aragoneses de Serrano y Sanz).

En cuanto a los libros sueltos, procedo de una manera paralela. (§ 18, 16.12.1943, pp. 126–127)

El esfuerzo no tardó en dar sus frutos, pues a finales de 1942 había logrado reunir 30 000 fichas y en un año más de trabajo contaba con 83 300, después de haber extractado todas las revistas que se encontraban en el Cono Sur americano. Las dificultades con que se encontró en estos primeros tiempos de exilio no le hicieron resignarse a la queja, pues no paró hasta que pudo pisar la segura y dura tierra de los datos, tal y como puede comprobarse por la mera enumeración de los materiales a que se refiere en una carta a Menéndez Pidal de finales de mayo de 1944, en la que pretendía solo mostrarle de una manera general lo que estaba haciendo (§ 21, 26.5.1944).⁶

6 Puede obtenerse una relación de esas fuentes bibliográficas en las pp. 23–37 de nuestra edición de las cartas cruzadas con Pidal (cf. también J. A. Pascual y J. I. Pérez Pascual, 2003: 509–535, esp. pp. 510–514). La información que Coromines ofrece a su maestro ha de completarse con las propias referencias bibliográficas del *DCEC*, pues en su correspondencia no desciende a todos los detalles: tratándose, por ejemplo, del árabe, no cita el *Dictionnaire français–arabe de la langue parlée en Algérie* de Belkasssem Ben Sedira (Argel, 1886), ni el *Dictionnaire français–arabe* de Ellious Bocthor (París, 1864), del que se servía para el árabe egipcio (vid. *DCEC*, I, pp. xxxv y xxxvi). Tampoco recoge la bibliografía del *DCEC* todos los títulos empleados y así, por ejemplo, falta allí la oportuna mención al diario etimológico de Roque Barcia (*Primer diccionario general etimológico de la lengua castellana*, Barcelona, 1862–1880, 5 vols.), que sin embargo utilizó (cf. las voces *calabozo* o *escarceos* del *DCEC*).

Durante el largo proceso de búsqueda bibliográfica, Coromines iba estableciendo la mayor parte de las etimologías mientras examinaba cuantos problemas se le presentaban: resolviendo unos y dejando para más adelante la solución de otros. Por ello, la etapa de redacción del diccionario supuso la culminación de un largo proceso interpretativo que venía de mucho antes. Con todo, Coromines empezó ya a finales de 1944 a dar forma a su interpretación de los materiales, por medio de la redacción de algunos estudios que servirían de anticipo de lo que iba a ser el diccionario; se trataba de una prometedora muestra, a juicio de Pidal:

Veo que activa usted sus trabajos y los adelanta a pesar de la falta de algunos elementos bibliográficos. Los arabismos de Neuvonen añaden poco a Steiger, pero servirán para precisar la historia de los vocablos. Por las etimologías que usted publica en los *Anales* veo lo mucho que tiene usted trabajado (*orondo* me interesa especialmente) para el futuro *Diccionario*. (§ 25, 18.12.1944, pp. 151–152) ⁷

A pesar de estos anticipos, continuó sus tareas bibliográficas en los Estados Unidos, sobre todo durante su estancia neoyorkina, en que no tuvo que dedicarse a las tareas docentes. De este modo, a finales de mayo de 1946, cuando se dispone a hacerse cargo de un puesto de *Assistant Professor* en la Universidad de Chicago, lo hace con la tranquilidad que le daba haber terminado la mayor parte de sus esquilmos bibliográficos. Pensaba que iba así a poder dedicarse casi enteramente a la última etapa del diccionario; pero, aunque su idea era haber concluido en ese momento la fase de acopio de materiales, hubo de mantener abierta la búsqueda bibliográfica, por la cantidad de cabos sueltos que habían quedado, algunos de los cuales no llegó a anudar, dado que muchas de las obras que necesitaba no estaban ni siquiera en Chicago. Empezó así la redacción del *Diccionario* en enero de 1947, sin contar con todo el material bibliográfico que estimaba imprescindible –y lo era– para construir el armazón fundamental de la obra. Incluso cuando en noviembre de 1951 dio por concluida la labor de redacción, hubo de seguir introduciendo datos tomados de algunos libros importantes

7 Algo más tarde, y a la vista del borrador de la letra B, reiterará Pidal su opinión muy favorable: “admiro la extensión que ha dado usted a su trabajo, pues yo me lo figuraba más breve. Bien se ve que el esquilmo de las revistas ha sido completísimo. La discusión de los autores aducidos es rápida, certera y muy útil, así que el trabajo de usted hará adelantar en general y decisivamente todos los estudios etimológicos futuros. ¡Que lo pueda usted acabar sin interrupción sensible!” (§ 32, 29.7.1947, p. 182).

que acababan de publicarse y de otros ya publicados antes, de cuya pertinencia no se había percatado hasta entonces...⁸

De vez en cuando afloran en las cartas de Coromines alusiones a tareas menores, pero imprescindibles en un trabajo en el que no solo había que pensar en el método y disponer de tiempo para la reflexión, sino también que contar con todas esas horas que se consumen en humildes labores mecánicas. Fueron muchas las que tuvo que emplear pasando a ficha cuantas palabras había subrayado en los textos, construyendo una tabla con las fechas de los autores o de las obras, o agrupando en un solo grupo de fichas, antes de empezar la redacción, los once en que se había visto obligado a organizarlas por separado. Como le llevaba igualmente tiempo realizar consultas bibliográficas concretas, fuera de la bibliografía disponible, o incluso enviar un paquete con unas cuantas páginas del diccionario...:

Anteayer hice el paquete de la letra B del diccionario y hoy se lo he mandado por avión. He tardado algo en enviárselo porque no tengo a nadie que me ayude a hacer paquetes y aproveché un día en que por excepción terminé temprano la tarea diaria mínima que me he impuesto, equivalente a una o dos páginas del diccionario de la Academia. Habría podido agregar las 50 páginas que ya llevo escritas de la letra A, pero el envío ya ha salido bastante caro así y la muestra es lo bastante extensa para juzgar la obra desde todos los puntos de vista. (carta § 31 a Menéndez Pidal, 5.5.1947, p. 173)

Para realizar estas tareas auxiliares Coromines encontró alguna ayuda puntual,⁹ pero no pudo librarse de tener que dedicarse personalmente a ellas en muchísimos casos.

Si había planeado realizar el acopio y estudio de la bibliografía en sólo siete años, se impuso también un plazo agobiante en la redacción de los artículos del diccionario; los tanteos iniciales hechos durante el primer mes de redacción, de la letra B a BA, por donde empezó, le permitieron establecer la manera definitiva de presentar el material estudiado, en la forma en que aparece finalmente en el diccionario, a la vez que fijar el ritmo diario de trabajo. Este hecho, sin duda, lo condicionó, pues la férrea limitación temporal que se marca le obliga a desentenderse de muchas cuestiones de detalle dentro de una investigación de tal envergadura. Actuar de ese modo

8 Aún después incorporó al tomo IV del *DCEC* unas importantes adiciones.

9 Su esposa será una fiel colaboradora en estas labores, a pesar de su falta de formación filológica; así, le confía a Pidal: “Hasta mi mujer me ha ayudado útilmente extractando el rico *Catauro de Cubanismos* de Fernando Ortiz (inaccesible a los investigadores por no estar alfabetizado) y ha empezado a papeletizar los interesantes vocablos andaluces esparcidos por las obras de Fernán Caballero” (§ 48, 10.9.1950, p. 234).

ni implica despreocupación ni supone solo una adicción al placer del conocimiento. Placer, en efecto, hubo de existir, por más que paradójicamente parece que se contradijera con la rapidez con que tenía que ir desarrollando su trabajo, al que no le escatimaba ni tiempo ni esfuerzo. No puede tomarse la anterior como una apreciación exagerada, cuando la hacemos sobre una persona que confiesa que, cuando no había logrado cumplir con la tarea que se ha impuesto, no podía conciliar el sueño:

Por lo enviado verá usted que he trabajado mucho desde el 13 de enero, en que empecé a redactar. Aun cuando quisiera ir más despacio no podría. El día en que no había escrito 3 o 4 páginas de texto, por la noche no podía dormir. (§ 31, 5.5.1947, p. 174)

Y esto le ocurría, además, a quien muchas veces se encontraba al límite de sus fuerzas. No podemos tomar esta complacencia en el trabajo como una enfermedad, sino como la prueba de la responsabilidad que Coromines había contraído consigo mismo de terminar la obra que se había propuesto construir; para ello era imprescindible no salirse del plan que se había trazado, aunque eso le exigiera evitar la tentación de levantar un edificio de más aliento, dejando a otros la posibilidad de perfeccionarlo después. No es la actitud propia de quien busca exhibir sus conocimientos, sino la de quien entiende la importancia de fabricar una herramienta de trabajo para los filólogos, dirigida al conocimiento de la historia del léxico hispánico. Y el hecho es que no se disponía —ni se dispone— de otra herramienta comparable. Coromines era absolutamente consciente —y siguió siéndolo después— de los problemas de todo tipo con que había de enfrentarse si quería que su decisión se transformara en un diccionario completo y no se quedara en el hermoso e inalcanzable proyecto del “mejor” de los diccionarios posibles: se conformaba con conseguir un buen diccionario o, incluso, uno mediano, si tenía que ser esta la condición para darle fin. Por eso, desde el comienzo mismo de la redacción de la obra siguió situándose conscientemente en el mundo de lo posible, repitiendo en sus cartas su convicción de que el *DCEC*, una vez concluido, precisaría de muchas correcciones. Incluso el propio autor supo facilitarlas, al declarar paladinamente sus fuentes en cada caso y al poner voluntariamente de relieve aquellos aspectos de su razonamiento que le parecían débiles.

Con sola su formación lingüística y su inteligencia, con esos datos que había ido organizando en cientos de carpetillas, más el apoyo de unos cuantos libros de referencia, empezó la redacción de la obra, que suponía un largo camino interpretativo en que se vería obligado a tomar a cada

paso decenas de decisiones para la cantidad ingente de problemas que se le irían presentando en el campo de la etimología y de la historia de cada palabra, a partir de la idea previa que se había hecho de ellas en el momento de recoger el material.

Pero centrémonos en la *redacción* de la obra. También ésta, como hemos dicho, se hizo cumpliendo con los plazos previstos por el propio investigador, obligándose a escribir diariamente, a lo largo de cuatro años, un promedio equivalente a los lemas que corresponden a dos páginas del diccionario académico.

En los primeros días de enero de 1947 empezó la redacción de las palabras que comenzaban por la letra B, tal y como se lo explica a Pompeu Fabra –“ja he començat d’escriure els primers articles” (7.1.1947, *Pompeu Fabra i Joan Coromines* 1998, p. 66)– y un poco después, a mediados de marzo, a Menéndez Pidal –“Hace un mes que empecé la redacción del diccionario etimológico” (§ 30, 16.2.1947, p. 166)–. Así, fue poco a poco tomando el pulso al trabajo y, al cabo de un mes, cuando había escrito algo más de la tercera parte de la B, empezó a sentirse seguro. Las semanas que le llevaron las palabras que empezaban por esa letra –la terminó a finales de abril–, marcaron claramente el ritmo de trabajo que le esperaba en los próximos años.¹⁰

Sus tareas empezaban por organizar cuanto se había dicho sobre las voces que tenía delante, sometiéndolo a crítica y concluyendo en una propuesta explicativa, que se dirigía preferentemente a los aspectos más problemáticos de su estudio. La condición de *crítico* que lleva el diccionario en su título supone, por ello, un gran paso adelante, tratándose de un trabajo referente a una lengua en la que los materiales para su estudio histórico distaban mucho, como hemos dicho, de ser los adecuados; a la vez se enfrentaba con numerosos problemas pendientes de solución, tanto en el ámbito de lo lingüístico como en el de lo filológico, junto a muchos otros que ni siquiera habían sido planteados hasta entonces.¹¹

Su forma de preparar cada uno de los artículos obedecía también a criterios esencialmente prácticos: Coromines preparaba a máquina una primera redacción de los artículos, a la que iría añadiendo a mano innumerables

10 Puede verse un análisis de las diversas etapas de redacción, con una cronología aproximada de las fechas (en parte no coincidente con la información que Coromines proporciona en el último volumen del *DCEC*) en el prólogo de nuestra edición de su correspondencia con Pidal (pp. 50–52) y en Pascual y Pérez Pascual (2003: 519–532).

11 No podemos obviar, sin embargo, que ese carácter crítico ha sido objeto de algunas valoraciones negativas (*cf.* Malkiel, 1976).

adiciones; luego, pasaba a limpio ese original, al que volvía a añadir unas cuantas correcciones en su revisión final. Enviaba ese texto, no demasiado pulcro, a la imprenta y aún llenaba de nuevas correcciones las galeras que le devolvía. De ese modo la bibliografía consultada, junto a cuanta información había encontrado en la lectura de los textos, le presentaban la realidad material de los hechos que debía analizar.

La increíble rapidez con que llevó a cabo el acopio bibliográfico o, posteriormente, la redacción de los artículos, no debería oscurecer la importancia que supuso disponer del método que le permitiera bucear en el pasado con la garantía de poder formular una serie de hipótesis etimológicas e históricas sometidas a reglas científicas. Tal método se asentaba en una serie de leyes evolutivas del castellano y de varias lenguas más —el marco comparativo en que se desarrollan los estudios etimológicos obligaba a ello—: de un modo particular las leyes fonéticas, bien asentadas en el edificio pidalino, pero también las reglas de derivación, a las que se había prestado mucha menos atención. Resulta difícil encontrar entre los hispanistas del siglo XX una amplitud de conocimientos que se pudiera parangonar a los de Coromines, en lo referente a la historia de grupos de lenguas —y de muchas de las lenguas mismas— como las románicas, las indoeuropeas y algunas no indoeuropeas, fundamentales para comprender la historia del español.¹²

Pudo así Coromines tejer la red de voces que conforma el léxico castellano, sin pretender levantar un monumento que representara la culminación de una refinada y larga investigación filológica, sino la obra que podía realizar una persona aislada sin demasiados medios —aunque con un talento fuera de discusión—. Intentaba con ello facilitar que se pudiera llegar algún día, en ediciones posteriores, a esa deseable obra perfecta que por el momento se antojaba impensable. La provisionalidad de su trabajo, más que originada por la existencia de dificultades insalvables que le obligaran a dejar muchos problemas en la oscuridad, se debía a su decisión de pasar por alto otros fáciles de resolver, pero que le hubieran exigido disponer de un tiempo con que no contaba, y que a otros, en cambio, les sobraba:

[...] cualquier día en Norteamérica una Universidad o un aspirante al doctorado nos va a dar una sinopsis de estos datos, estoy por decidirme a no hacerlo [comprobar las diversas ediciones del *Diccionario* de la Academia] más que en los casos más importantes. (§ 21, 26.5.1944, p. 142)

12 Ciertamente, Coromines es un romanista en toda la extensión de la palabra (cf. Varvaro, 1999).

Es preciso reconocer, además, que el esmerado rigor con que actuaba Coromines cesa en casos en que su propuesta de explicarlo absolutamente todo le llevaba a aventurarse en ciertas hipótesis que se enfrentaban con dificultades casi insalvables, dada la situación que tenía entonces —y en gran medida sigue teniendo— la disciplina etimológica; con todo, no podemos olvidar que esas problemáticas explicaciones no se construyeron generalmente para sustituir a otras más claras, sino que trataban de vislumbrar alguna solución a problemas hasta entonces irresolubles, tal y como él mismo escribía a Menéndez Pidal:

tengo plena conciencia de que el difícil empeño en que estoy metido me obliga a abordar problemas sumamente espinosos y a veces insolubles o poco menos. Aun cuando no logre resolverlos, me consuelo pensando que, por lo menos, los acerco a la solución, gracias al método de escudriñar a fondo e imparcialmente todos los datos fundamentales y no callar ninguno, aunque no sea o no parezca favorable a mis ideas. (§ 48, 10.9.1950, p. 232)

Es la actitud del científico consciente de la dificultad de los problemas que se le plantean y de la provisionalidad de las hipótesis a que puede llegar cuando no deja de arriesgar una solución. Por ello, no compromete en absoluto el valor de su trabajo etimológico la crítica a algunos excesos que se pueden señalar en sus obras, sobre todo las posteriores al *DCEC*, cuando su probada experiencia le animaba a formular sus hipótesis más arriesgadas.

Sin duda hoy, a la distancia de cincuenta años de la publicación del *DCEC*, resulta necesario volver sobre los problemas etimológicos que quedaron pendientes, atendiendo a los desarrollos que se han dado en el campo del indoeuropeo, del céltico y paracéltico; del vasco y del ibérico; incluso del árabe y de lo germánico; y de las lenguas amerindias. Algo deberá cambiar también en el marco metodológico, pero sin que ello vaya a alterar profundamente las bases de esta obra ni la mayor parte de su contenido. Pero hacer lo uno y lo otro exigiría contar con un numeroso grupo de especialistas que puedan entre todos renovar un edificio cuyos pilares, arcos y nervaduras fueron levantados por un único alarife, con quien se abre y se cierra una etapa fundamental de la etimología hispánica.

Un alarife que supo comprender desde la práctica que la etimología de las palabras es indisoluble del resto de su historia, pues para la erección de algunos étimos resultan imprescindibles los datos filológicos (entendidos en un sentido amplio, que incluye tanto la documentación escrita como la dialectal). Se nos hace, en principio, cuesta arriba pensar que una voz

documentada por primera vez en el *Diccionario de Autoridades* tenga un origen prerromano; también resulta más prudente aceptar que pueda ser un catalanismo, en lugar de un italianismo una palabra que se registra en el siglo XV; del mismo modo, el hecho de que el área en que aparece una voz oscura esté cerca de Navarra, el País Vasco, etc., puede resultar decisivo para dar con la lengua de donde procede. El etimólogo convierte así a los textos en cómplices de su trabajo, hasta el punto de encontrar, por ejemplo, en el ámbito conservador de los usos de Nebrija, Guillén de Segovia o Alonso de Palencia, en el judeoespañol, o en los datos modernos de algunos lugares de Extremadura, asideros para sus hipótesis sobre la interpretación de las sibilantes en la Edad Media.

El resultado muy positivo con que nos atrevemos a valorar esta obra se ha logrado combinando un método riguroso con no poco ingenio e imaginación, aparte del apoyo insustituible de una bibliografía magníficamente seleccionada. En un trabajo de esta envergadura, que contiene más problemas que palabras acoge, realizado además en condiciones nada favorables, un exceso, un error o incluso un disparate no se puede tomar como piedra de toque de su calidad, de su interés o de su importancia. Su solidez tiene que ver con la búsqueda —y logro— de interpretaciones razonables, no con la ausencia de desaciertos.

A lo largo de su correspondencia Coromines iba dando cuenta a Menéndez Pidal de sus descubrimientos sobre voces cuya explicación no era la esperable, le consultaba sobre algunos problemas o le pedía datos sobre una grafía, un acento o la documentación de una palabra; no obstante, no se atrevió a pedirle que hiciera una lectura detenida de los cientos de folios que le iba enviando, consciente de la cantidad de tareas en que estaba embarcado.¹³ A la sensación que tenía Coromines de estar abriendo caminos novedosos en el campo de la etimología hispánica, le correspondía su maestro admitiendo sus propuestas; pero Pidal, consciente del gran esfuerzo que éste estaba haciendo, llega a prevenirlo paternalmente acerca de los riesgos que suponía para su salud forzar de este modo su capacidad de resistencia:

Por lo que veo de sus cartas, fuerza usted demasiado su máquina para adelantar el *Diccionario Etimológico*. Comprendo que usted desee salir de Chicago y regularizar su vida; pero tantee usted bien su salud aconsejándose de un médico amigo, que más vale tardar seis meses más que acabar dejando la salud quebrantada. (§ 32, 29.7.1947, p. 184)

13 Tantas como para alejarle de su monumental *Historia de la lengua española*; vid. D. Catalán (2005: 77–265) y Pérez Pascual (1998: 73 y 305–306).

La satisfacción –y la sorpresa– de Pidal ante el trabajo que iba recibiendo aumentaba según avanzaba el tiempo: por su extensión, por la adecuación de los datos, por lo fundado de sus planteamientos... (§ 25, 18.12.1945, § 32, 29.7.1947). Y esa misma sorpresa le asalta en el caso de las respuestas que le da Coromines a su demanda de información sobre una serie de hechos léxicos y fonéticos del catalán (§ 88, 25.5.1959): el rigor de los datos y las interpretaciones que le proporcionaba muestran, por otro lado, con cuánto cuidado seguía velando el catalán las armas de su lengua (§ 89, 6.6.1959).

Coromines gana paulatinamente en seguridad, a medida que avanza en la redacción del diccionario, dentro de este complejo proceso que supone relacionar los hechos, sin dejar de lado las intuiciones más arriesgadas. Es una forma de actuar que recuerda la de los detectives de las novelas policíacas: la lectura de lo que se dice de *adrede* (§ 21, 5.5.1947) le permitirá a cualquier lector comprobar por sí solo que no hay ninguna exageración en esta afirmación y, si ese lector es un aprendiz de la Filología, entenderá a través de esas pocas líneas por qué estas tareas científicas resultan tan apasionantes, una vez que se han dado los duros pasos preparatorios para dedicarse a ellas. Los primeros materiales redactados llevaron a Menéndez Pidal a asegurar a su discípulo que se trataba de algo que haría adelantar decisivamente los estudios etimológicos futuros,¹⁴ opinión que mantuvo, con otras palabras, en el momento en que recibió el primer volumen del diccionario.

Pidal aplaudió la decisión de Coromines de acudir a la primera documentación de las voces para el estudio de sus etimologías incluidas, pero el discípulo supo avanzar un poco más, tejiendo parte de la historia de un buen número de palabras con algunos de los jirones que se habían ido desprendiendo de ellas en su tránsito a través del tiempo. Los datos históricos no solo le sirvieron como un argumento etimológico más, sino también como base de una gran cantidad de observaciones sobre la historia del vocabulario castellano. Esta dimensión histórica de su obra, en la que no falta la relación de los étimos entre sí –relación genética, pero también semántica–, tuvo consecuencias importantes en el dominio de la etimología, pues ha contribuido a que podamos tomar como préstamos de las

14 Le escribe Pidal: “hace mucho deseaba escribirle, deseando saber noticias de su gran obra del *Diccionario* que sin duda abrirá una larga época en los estudios etimológicos. Los artículos de *gaita*, *estribote*, *enfadar*, *boruca* y *escatima*, todos, son prueba fehaciente y decisiva” (§ 47, 30.4.1950, pp. 229–230).

lenguas vecinas no pocas palabras que los diccionarios etimológicos románicos precedentes habían supuesto continuaciones directas del latín. El *DCEC* es capaz de hacer distinciones claras entre los casos de formación de palabras que se dan dentro del propio romance –en el que se mantenían relativamente bien las pautas derivativas latinas–, de aquellos otros que son una continuación de la situación latina. La imagen que obtenemos del léxico hispánico se acerca de este modo a la variada –y a veces confusa– realidad de los hechos, sin dejar de lado el rigor de los esquemas lingüísticos de cuño neogramático, que no son un fin en sí mismos, sino un medio para interpretar la compleja realidad del léxico. En su quehacer lexicográfico, Coromines no hace ascos a ningún camino explicativo, ni siquiera al del idealismo, siguiendo el ejemplo de otros positivistas –Walter von Wartburg, Rafael Lapesa y, sobre todo, sus admirados Leo Spitzer y Amado Alonso–; de hecho, no se conformaba con atender a los aspectos formales de la lengua, sino que prestaba atención también a los semánticos y fue concediendo cada vez mayor importancia a la capacidad creadora del individuo que se sirve de un idioma, de lo que es buena prueba su artículo “Rasgos semánticos nacionales”, publicado en 1942:¹⁵ el etimólogo fue cauto con las explicaciones mecanicistas de la etimología y, sobre todo, contra las justificaciones *ad hoc*; del mismo modo, antes de buscar caminos en las lenguas ajenas, trató de encontrarlos en las más cercanas, como el latín.

Y todo esto ocurre en una obra cuyos objetivos se había planteado, como hemos dicho, con la humildad de aceptar no pocas limitaciones: las inherentes a las personas y las que le imponía una realidad nada fácil; pero, a pesar de ellas, en el *DCEC* se da mucho más de lo que se ofrece y hasta de lo que podía resultar imaginable: tanto como para que nos haya servido a los hispanistas en muchas ocasiones como sustituto del tan necesario diccionario histórico, aunque no fuera este el fin con que se concibió. Y es que esos modestos datos que Coromines había ido allegando con la intención de arropar su argumentación etimológica dan cuenta de algunos episodios de la historia de las palabras, con una información más propia de un diccionario histórico que de uno etimológico. El propio Coromines es consciente de ellos, y escribe:

a diferencia del francés y aun del italiano, el español no cuenta con un diccionario histórico, a no ser los materiales escasísimos de *Autoridades*, de suerte que si prescindimos de

15 *Anales del Instituto de Lingüística* I (1942), pp. 1–29.

A–Ce (*Diccionario Histórico* de la Academia) mi obra llenará provisionalmente una gran laguna durante los cuarenta años largos que se hará esperar el nuevo *Diccionario Histórico*. (§ 66, 7.10.1952, p. 286)

De este modo, sin ser esa su pretensión, este diccionario se convierte en el mejor instrumento filológico con que contamos para la explicación de los textos del pasado, según ha visto muy acertadamente Gregorio Salvador:

[...] tenemos [...] un Diccionario etimológico, el de Corominas, que sufre hasta donde puede esa carencia [de un diccionario histórico]. La suma de las historias de las palabras de la lengua no es la historia de la lengua. Pero la verdad es que esa suma de historias, una suma hecha homogéneamente y de la misma mano, no existe para ninguna lengua del mundo si no es para el español. Gracias a Corominas, ese gigante. Su Diccionario no es –mantengo mi afirmación anterior– una historia de la lengua, pero la historia de la lengua está allí. (Salvador, 1985: 147–148)

Referencias bibliográficas

- Blecuá, J. M. y Clavería, G. (1999): “La lexicografía castellana, antes y después de Coromines”, en Solà, J. (ed.), 29–43.
- Catalán, D. (2005): “Una catedral para una lengua (Introducción a la *Historia de la lengua* de Menéndez Pidal)”, en Menéndez Pidal, R., II, 77–265.
- Corominas, J. (1948): Reseña a J. Terlingen, *Los italianismos en español. Symposium. A Journal Devoted to Modern Foreign Languages and Literatures*, 106–119.
- (1949): “Rasgos semánticos nacionales”, *Anales del Instituto de Lingüística* I, 1–29 [reproducido en *Tópica Hespérica*, Madrid: Gredos, 1972, I, 285–320].
- (1955–1957): *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*, Madrid / Berna: Gredos / Francke [DCEC].
- , con la colaboración de J. A. Pascual (1980–1991): *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Madrid: Gredos [DCECH].
- Malkiel, Y. (1968 [1957]): “A tentative typology of etymological studies”, en: *Essays on linguistic themes*, Oxford: Blackwell, 199–227.
- (1976): *Etymological dictionaries. A tentative typology*, Chicago / Londres: The University of Chicago Press.

- (1988): “L’*étymologie*”, *Histoire Epistemologie Langage* 10:2 (número monográfico dedicado a *Antoine Meillet et la linguistique de son temps*), 177–184.
- Menéndez Pidal, R. (2005): *Historia de la lengua española*, Madrid: Fundación Ramón Menéndez Pidal.
- Pascual, J. A. (2002): “Discrepancias tempranas entre Joan Coromines y Ramón Menéndez Pidal. A propósito del sustrato suritálico”, en: Pérez González, M. (ed.): *Actas del III Congreso Hispánico de Latín Medieval*, León: Secretariado de Publicaciones de la Universidad, II, 505–514.
- y Pérez Pascual, J. I. (2003): “La pasión por la etimología. Crónica del *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana* de Joan Coromines”, en: *Lexicografía y lexicología en Europa y América. Homenaje a Günther Haensch*, Madrid: Gredos, 509–535.
- Pérez Pascual, J. I. (1998): *Ramón Menéndez Pidal. Ciencia y pasión*, Valladolid: Junta de Castilla y León.
- (2005): “L’obra castellana de Joan Coromines”, *Escola catalana* 425, 12–14.
- Porto Dapena, J. A. (2000): “Diccionarios históricos y etimológicos del español”, en: Ahumada, I. (ed.): *Cinco siglos de lexicografía española*, Jaén: Universidad de Jaén, 103–125.
- Sa Nogueira, R. de (1946): “Crítica etimológica”, *Boletim de Filologia* 8, 1–56, 185–236 y 357–364.
- Salvador, G. (1985): *Semántica y lexicología del español*, Madrid: Paraninfo.
- Solà, J. (ed.) (1999): *L’obra de Joan Coromines*, Sabadell: Fundació Caixa de Sabadell.
- Terlingen, J. (1962): “Italianismos”, en: Alvar, M. *et alii* (dirs.): *Enciclopedia Lingüística Hispánica*, Madrid: CSIC, II, 263–305.
- Varvaro, A. (1999): “Joan Coromines y la lingüística románica”, en Solà, J. (ed.), 17–27.